

G. K. CHESTERTON O LA ALEGRÍA DE VIVIR

Francisco Bobadilla Rodríguez

francisco.bobadilla@udep.edu.pe
Universidad de Piura

Fecha de recepción: agosto de 2019

Fecha de aceptación: diciembre de 2019

Resumen: Maestro de la paradoja, Chesterton es maestro, también, del sentido del humor. La alegría que resume en sus escritos presenta la realidad como una gran comedia humana. La fragilidad y malicia de los recovecos humanos comparecen en sus escritos, pero no hay el menor asomo de morbosidad. La bondad en su sencillez desarmada basta para desatar los nudos de la condición humana.

Palabras clave: Chesterton, alegría, paradoja, condición humana.

G. K. CHESTERTON OR THE JOY OF LIVING

* **Francisco Bobadilla Rodríguez** es abogado y máster en Derecho Civil por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Doctor en Derecho por la Universidad de Zaragoza. Es profesor ordinario principal de la Universidad de Piura con 40 años de ejercicio docente, especializado en el aspecto antropológico, ético y jurídico de la conducta humana y experiencia en la conducción directiva de instituciones educativas.

Abstract: Master of paradox, Chesterton is master, too, of the sense of humor. The joy that he summarizes in his writings presents reality as a great human comedy. The fragility and malice of human recesses appear in his writings, but there is not the slightest hint of morbidity. The goodness in its disarmed simplicity is enough to untie the knots of the human condition.

Keywords: Chesterton, joy, paradox, human condition.

1. Introducción

El primer libro que leí de Gilbert Keith Chesterton (1874-1936) se titulaba *El hombre que fue jueves*, en mi época de estudiante universitario. En aquella oportunidad, preocupado más por los ensayos políticos y sociales, e influido por el bagaje de mis lecturas del boom literario latinoamericano, se me escapó el sentido del humor del escritor inglés. Un tiempo después me topé con *Ortodoxia* y, desde entonces, empecé a disfrutar su prolífica obra: novelas, ensayos, biografías, relatos, poesía. Maestro de la paradoja, Chesterton es maestro, también, del sentido del humor. La alegría que resume en sus escritos presenta la realidad como una gran comedia humana. La fragilidad y malicia de los recovecos humanos comparecen en sus escritos, pero no hay el menor asomo de morbosidad. La bondad en su sencillez desarmada basta para desatar los nudos de la trama humana.

Chesterton está entre mis autores preferidos e intento tener siempre a mano alguno de sus textos que me devuelven el sentido del humor ante la vida y le sacan punta al ingenio. Es una lectura que me llena de optimismo y a la que acudo frecuentemente. Me resulta como una especie de diálisis intelectual que oxigena mi ánimo para mirar con esperanza el futuro. Pienso que una buena dosis de lectura de sus cuentos, novelas, crónicas, ensayos, poemas son un buen equipaje intelectual para ir con garbo en el laberinto de la cultura contemporánea marcada, muchas veces, por un exceso de cinismo y de escaso sentido común.

En lo que sigue, presento unas pocas pinceladas alrededor de algunas de sus obras para acercar al lector a los textos originales de Chesterton, de gran impacto ayer e igual de luminosos en este nuestro siglo XXI.

2. La Alegría de Vivir

Cuenta Bernard Crick, conocido politólogo inglés, que “en una ocasión, Chesterton comentó, a propósito de los moderados fanatismos de los partidarios de imponer la abstemia: mejor Inglaterra libre que Inglaterra sobria”. ¡Sí, este es Chesterton!, novelista,

crítico agudo y amable, poeta, polemista innato, periodista, pero sobre todas las cosas, es un hombre agradecido de la vida.

Cuando acaba el colegio decide ser pintor y se matricula en la Escuela de Arte. No le dura mucho el entusiasmo y pronto deja estos estudios para dedicarse a escribir. Como él mismo dice de sus narraciones –con indudable desprendimiento de su innegable mérito–, estas no acaban de ser tan buenas como las hubiese escrito un novelista, entre otras razones, debido a que siempre se consideró un periodista. Oficio de artista y periodista, “y digo oficio y no profesión –anota-, porque lo único que puedo decir en mi favor y sobre ambos oficios es que nunca fui pretencioso en ninguno de ellos” (2003, p. 112). Dado que por su carácter no podía evitar ser polémico, ejerció el periodismo de opinión con destreza e ideas propias.

Chesterton, más que escribir, dibuja. Tiene la habilidad de encontrar los rasgos que definen a los personajes y hace de ellos continuos bocetos, muy nítidos, de tal manera que el personaje queda retratado, no en una foto de estudio, sino en una secuencia de ellas, como si hubiese hecho una sesión de fotos, en las que se muestra sus diferentes ángulos. Esta clave me ha ayudado a disfrutar más la lectura de nuestro autor, pues, al lector desprevenido, le puede saturar la excesiva minuciosidad con las que, a veces, Chesterton se detiene en la anécdota o en lo nimio. Así lo dice en su *Autobiografía*:

(...) cualquiera que lea este libro verá que, desde el principio, mi instinto sobre la justicia, la libertad y la igualdad era de alguna forma distinto del habitual en mi época, distinto de todas aquellas tendencias dirigidas a la concentración y la generalización. Mi instinto me llevaba a defender la libertad de las naciones pequeñas y de las familias pobres (...). (2003, p. 391)

Nada, pues, más alejado de él que las abstracciones o las simples generalizaciones. Es, precisamente, en sus *Cuentos del Arco Largo* en donde se aprecia su defensa por lo concreto, lo pequeño y lo familiar. Miss Smith, uno de los personajes del cuento, dice: “Nosotros, los artistas, los que no sabemos de literatura, sin embargo, miramos las cosas en sí mismas, las apreciamos o las despreciamos, pero no nos fijamos en sus nombres” (2005c, p. 61)

Siendo como es un escritor tan multifacético, lleno de ideas bellamente expuestas, me atrae aún más su gran libertad de espíritu, su extraordinario sentido común. Le sacó lustre a lo cotidiano, sin rigideces que asfixian, pero tampoco con solturas o licencias impunes. Son ilustres las correrías y la gran amistad que lo vinculó a Hilaire Belloc, otro

grande en la literatura inglesa, aunque de ascendencia francesa. A Belloc se le atribuye la conversión al catolicismo de Chesterton, conversión que no fue solo un título honorífico en él, sino un aliciente para su pluma en la polémica con anticlericales y protestantes. Profesión de fe, por otro lado, que enriqueció su natural talento, aun cuando no sea esta la opinión de Jorge Luis Borges, gran admirador de Chesterton, quien considera que la amistad con Belloc y su Fe lo perjudicaron como escritor. Me quedo con el reconocimiento de Borges a la agudeza de Chesterton y prefiero los textos escritos desde lo hondo de la Fe que desde el desamparo del agnosticismo.

Pienso, de otro lado, que –sin llegar a ser un Peter Pan empedernido– mantuvo siempre el alma de un niño y el espíritu jovial y divertido de un trovador, aunque en ocasiones no fuera tan sabio como debería serlo. Una vida compuesta –como él dice– “de simples tonterías, pues creo que la vida auténtica de una persona debería estar hecha exclusivamente de estas cosas” (2003, p. 249), como la de aquel paseo a la nieve de los esposos Belloc y Chesterton que terminó en estos versos: “Teníamos frío, helados medio muertos, / y las puertas permanecían abiertas por el deseo;/ y frente a nosotros una mujer con frío en la cabeza/ y un hombre con la espalda en el fuego” (2003, p. 249). Esto es ciertamente, vivir, dispuestos a reírse de uno mismo, sin hacer tragedia en donde hay comedia o al sumo drama.

Chesterton es la antípoda vital de aquel otro personaje ilustre de su época, Bernard Shaw¹, conocido por su obra de teatro *Pigmalión*, popularizada en la película *My Fair lady*. No estaban de acuerdo en casi nada y en la polémica estaban en los bandos contrarios:

He defendido la institución de la chuleta y la cerveza contra la higiénica severidad de su vegetarianismo y su abstinencia total. He defendido la vieja idea liberal del nacionalismo contra la nueva idea socialista del internacionalismo. (...) He defendido lo que considero las sagradas limitaciones del hombre contra lo que él considera el vuelo ilimitado del superhombre. (2003, p. 260)

Dicha polémica duró más de veinte años, sin animosidad o hipocresía, lo que habla a favor de ambos, aunque yo, al igual que el profesor Rodríguez Casado, me incline en la polémica a favor de Chesterton y no de Shaw.

¹ A Bernard Shaw (1856-1950), Chesterton le dedicó uno de sus libros: *George Bernard. Biografía* (2010a).

El mismo Chesterton nos señala cuál ha sido la idea principal de su vida: aceptar las cosas con gratitud y no como algo debido. Una actitud alejada tanto de la arrogancia como de la desesperación. La primera lleva a considerar que nada hay digno de uno o que lo recibido es algo a lo que se tiene derecho, se merece. Por el contrario, la desesperación es un pesimismo vital, que paraliza el entusiasmo y obtura la mirada, atenta solo a ver el lado oscuro de la vida². El arrogante perdona la vida a los demás. El pesimista maldice su suerte. Ninguno sabe agradecer. La humildad, en cambio, le hace decir a Chesterton que “el objetivo de la vida es la capacidad de apreciar; no tiene sentido no apreciar las cosas como tampoco tiene ningún sentido tener más cosas si tienes menos capacidad de apreciarlas” (2003, p. 380). Es la humildad la que hace agradecida a la persona: lo recibido es un don, un regalo y no un derecho. Chesterton, me parece que estaría de acuerdo –en parte– con nuestro Martín Adán cuando dice que “la que nace es la rosa inesperada”, pero pienso que estaría más de acuerdo si dijera “la que nace es la rosa inesperada e inmerecida”.

3. La vida es juego

Su novela *El hombre vivo* (1912) es de las más representativas del espíritu jovial de Chesterton. La pongo en el elenco de mis preferidas. Innocent Smith –personaje central de la narración– rompe los esquemas conceptuales de las personas serias y “aunque es un optimista, no en el absurdo sentido de mantener que la vida sea todo beber y jugar, sí parecía defender realmente que ésa era la parte más seria de la vida” (2005a, p. 219). No solo se encuentra en esta novela el inconfundible estilo de Chesterton, maestro de la paradoja y del buen humor, sino que están también sus temas más queridos y sus ideas más profundas sobre la vida y el ser humano.

Tomarse la vida seriamente no es vivirla con el ceño fruncido y el espíritu almidonado. Tomar en serio las relaciones interpersonales más significativas, la mujer amada, la familia, los amigos, los colegas del trabajo es vivir de estreno cada día. Es festejar junto con Cat Stevens el despertar de la mañana como si fuera el primer amanecer de la creación u oír al tordo cantar como si fuera su primer canto. Es soñar, como lo hicieron Carl y Ellie –los personajes de la película de animación *Up*–, en trasladar la casa a la cima de una catarata y

² Chesterton, en uno de sus poemas titulado *A un poeta moderno* escribe: “Y cuando escribes/ como otros poetas,/ sobre temas/ no enteramente nuevos,/ como, por ejemplo,/ el Mar,/ es casi siempre sobre/ el mareo en un barco” (2014, p. 29). Chesterton utiliza la luz para iluminar la oscuridad.

contemplar embelesados la fuerza encantadora de la naturaleza. Es enamorarse una vez y otra de la misma mujer: Julieta a los 15 años, a los 30, a los 60 o a los 80.

Innocent Smith lo dice mejor: “Solo hay una cosa buena que descubriera jamás la ciencia...: que el mundo es redondo... Quiero decir que dar la vuelta al mundo es el camino más corto para llegar a donde ya se está” (2005a, p. 237). La objeción salta a la vista: “¿no es más corto quedarse donde se está?”. A lo que Innocent responde:

No, no, no. Ese camino es muy largo y muy cansado. En el fin del mundo, detrás de la aurora, encontraré a la esposa con la que realmente me casé y la casa que es en verdad mía (...) Eso es la revolución (...) dar la vuelta. Toda revolución, como todo arrepentimiento, es una vuelta. (2005a, p. 238)

La vida es trabajo con retos, afanes y apuros. La vida es también juego. Lo primero que aprendemos es a jugar y a reír. El juego es el ungüento de la dureza de la vida y del cumplimiento del deber. Es, asimismo, semejanza divina, pues Dios “juega con el orbe de la tierra y su delicia es estar con los hijos de Adán” (Pr 8, 31). La seriedad no es sinónimo de aburrimiento, como tampoco la vida loca es sinónimo de alegría. Nos viene bien recordar que un día moriremos, pero también nos hacen falta “poetas que recuerden a los hombres que aún no están muertos”. Esa es la tarea de Innocent Smith: despertar a sus amigos a la vida.

Es precisamente porque no le gusta robar, por lo que no codicia los bienes ajenos, de ahí que emplee el truco de codiciar sus propios bienes (...) Es precisamente porque ama a una esposa por lo que tiene cientos de lunas de miel con ella. (2005a, p. 289)

4. La Incredulidad del Padre Brown

El padre Brown es el personaje que Chesterton creó para sus cuentos policíacos. *La incredulidad del padre Brown* lo escribió en 1936 y consta de ocho cuentos, unos más sabrosos que otros, cuyo eje central es, precisamente, la incredulidad o descreimiento de

este simpático sacerdote católico ante los casos que se le presentaban y que, aparentemente, tenían un sesgo milagroso.

En el cuento “El oráculo del perro”, el padre Brown le resta valor al carácter mágico que algunos de sus contertulios atribuían al perro de la narración. Dice:

Los animales son muy sencillos; viven en un mundo de perogrulladas. Fíjese si no en el caso que voy a exponer: un perro ladra a un hombre, y el hombre huye del perro. Creo que usted no es lo bastante sencillo para traslucir el sentido de todo esto: el perro ladraba porque no le gustaba el individuo y el hombre huyó porque se asustó del perro. No tenían otro motivo ni lo necesitaban tampoco. Pero usted no se contenta con ello, sino que introduce en el caso misterios psicológicos con la suposición de que el perro tiene motivos paranormales y que actuaba como misteriosa voz del destino. Por eso, usted cree, según su teoría, que el hombre no huía del perro, sino del muerto. (1999, p. 99)

“El sino de los Darnaway” es una buena muestra de cómo razón y fe se abrazan de tal modo que la primera sana a la fe de fideísmo y la fe sana a la razón de racionalismo. Los supersticiosos creen en la leyenda que dice que todos los Darnaway acabarán suicidándose. El doctor Barnet, en cambio, basado en sus conocimientos de genética, dirá que los Darnaway se suicidan por una tara genética. La opinión del padre Brown es otra y le dice a Barnet: “ya veo que usted, también, cree en la superstición” (1999, p. 220). Barnet le responde: “yo creo en el suicidio por necesidad científica. ¿Es que usted no cree en las leyes de la herencia?” (1999, p. 220). A lo que el sacerdote contestó:

Ya he dicho que creo en la luz del día y no quiero pararme en escoger entre dos túneles de superstición subterránea, que acaba en la oscuridad. Y la prueba es ésta: que todos ustedes están completamente a oscuras respecto de lo que allí sucedió. (1999, p. 220)

Y respondieron: “¿Lo del suicidio?”.

Lo del asesinato, afirmo yo—dijo el padre Brown, y aunque solo había levantado un poco la voz pareció llenar por completo el espacio—Ha sido un

asesinato y siempre será ésta una cosa que Dios dejó a la libre voluntad del hombre. (1999, p. 220)

Ni superstición ciega, ni racionalismo determinista. La fe amplía la racionalidad y hace que ésta comprenda el misterio cuando lo hay y, asimismo, despeja las tinieblas de las maldiciones y supersticiones cuando encubren hechos que se quieren ocultar. La fe y la razón en estos relatos del padre Brown son las dos alas con las que se puede volar para ver el lado luminoso y oscuro de la condición humana, sin dramatismos desgarradores ni la ingenuidad del naturalismo.

5. El Secreto del Padre Brown

Los relatos incluidos en *El secreto del padre Brown*³ de Chesterton ponen de manifiesto la hondura y, a la vez, la sencillez de la antropología cristiana del simpático padre Brown cuando desentraña los móviles de los crímenes que caen en sus manos. ¿Cuál es el secreto del padre Brown para dar con el crimen y con el criminal? No es, desde luego, sus conocimientos de criminología, de la que más bien desconfía, por la pretenciosa asepsia con la que los criminólogos estudian al delincuente

(...) como si fuese un insecto gigantesco, bajo lo que ellos dirían que es una luz fría e imparcial; algo que yo llamaría –dice el padre Brown– una luz muerta y deshumanizada. Pretenden apartarse mucho de él como si fuese un lejano monstruo prehistórico. (2008a, p. 722)

El secreto del padre Brown es otro. Dice:

(...) no trato de apartarme del hombre, sino de ponerme en el pellejo del asesino (...) En realidad aún más, ¿no lo comprende? Estoy en su pellejo. Siempre en su pellejo, moviendo sus brazos y sus piernas, aunque siempre espero hasta estar seguro de que me he metido en el pellejo del asesino, de

³ Incluidos en el volumen *Los relatos del padre Brown* (2008a).

que pienso como él y que me debato con sus mismas pasiones. (2008a, pp. 722-723)

La perspectiva del padre Brown no es la del hombre inmaculado que se considera incapaz de cometer crímenes horrendos. Se sabe de la misma pasta que el peor de los criminales y, por eso, es capaz de descubrir, en medio de las luces artificiales que encubren al delincuente, la oscuridad de su alma que tantas veces cobija envidia, codicia, odio, crueldad.

Nadie puede ser bueno de verdad hasta que descubre lo malo que es, o podría llegar a ser, –afirma el padre Brown– hasta que repara en que no tiene derecho a hablar con tanto esnobismo y desdén sobre los criminales, como si fueran simios en un bosque a quince mil kilómetros de distancia, hasta que se libra de todos esos engaños sobre los tipos inferiores y los cráneos defectuosos, hasta que elimina de su alma la última gota del aceite de los fariseos, hasta que su única esperanza es de un modo u otro haber capturado a un criminal y dejarlo, sano y salvo, bajo su protección. (2008a, p. 723)

Podemos mostrar indignación y rabia ante los crímenes de los que somos testigos. Es justa la denuncia de la corrupción. Sin embargo, hay un punto en el que la denuncia se puede tornar destemplada, justo cuando nos ponemos en el pódium de los “puros”, como si estuviéramos libres de toda maldad o intención torcida. Me parece más humana, por eso, la actitud del padre Brown: yo puedo ser ese criminal, de ahí que la arrogancia se torne en humildad.

El padre Brown no es un profeta, ni un Quijote, es un caminante “que sigue recorriendo la vida con su viejo paraguas, simpatizando con casi toda la gente con la que se encuentra y aceptando al mundo como compañero de viaje, pero nunca como juez” (2008a, p. 936).

6. La Utopía Capitalista

Escribes a una de las grandes tiendas o almacenes de Londres pidiendo, digamos, un paraguas. Tras un mes o dos recibes un paquete elaboradamente envuelto

que contiene un parasol roto. Te entusiasmas. Te gratifica el reflexionar sobre el inmenso número de asistentes y empleados que tuvieron que ponerse de acuerdo para romper este parasol. Te regocijas en el recuerdo de esas largas estancias y departamentos y te preguntas en cuál de ellas se rompió el parasol que nunca pediste. (2013, p. 35)

Este texto fue escrito por G. K. Chesterton en 1917. En otras ocasiones me he referido a este genial escritor inglés en cuyos libros confluyen sabiduría, sentido común e ingenio. Como maestro consumado de la paradoja es un magnífico compañero de viaje intelectual, pero en su anticapitalismo me parece que cargó las tintas desmesuradamente. Vio gigantes monstruosos, allí donde solo había molinos de vientos.

Desaguisados como el narrado en el párrafo anterior existieron y existen, pero no es la regla general. Los grandes almacenes o tiendas por departamentos actuales o los servicios comerciales en línea, compiten en eficacia. Realizada la compra, en la fecha indicada tengo en la puerta de casa el producto solicitado. Día a día somos testigos de cómo mejoran los servicios de atención al cliente. El pollo a la brasa *delivery*, la pizza americana, la tabla de suchis, o las medicinas de la farmacia llegan a su destino. Quizá, algunos productos han sufrido deterioro en su calidad, pero la mayoría de ellos han ganado en sustancia. Los exportadores de fruta lo saben. Las exigencias del mercado internacional nos han hecho cuidar la calidad del mango, el banano o la palta. Las asociaciones de consumidores exigen lo suyo y pueden boicotear la adquisición de productos o servicios. Los exportadores de uva o de confecciones de algodón cuidan, no solo los estándares internacionales de producción, sino también las condiciones laborales de los obreros. Se gana dinero, claro y, aunque persisten desigualdades ofensivas; el ascenso social es, igualmente, una realidad.

Chesterton tenía en mente la idea de una sociedad de pequeños propietarios. Sabía que el dinero podía comprar muchas cosas, pero protegía bienes y espacios que no deberían ser tocados por el mercado, pues llevaría consigo el deterioro de ellos. De ahí la severidad de su juicio: “El reino de capitalismo, que tan rápido llega, arruinará el arte y las letras, esto ya lo he dicho. Digo aquí que en el único sentido en que puede llamarse humano, también arruinará el comercio” (2013, p. 36). Juicio apresurado, me parece, pues los creativos, jefes de cuentas de una empresa de publicidad, elaboran verdaderas piezas artísticas, dignas de un buen león como premio. El mismo cine –el de Hollywood o el independiente– se ha convertido en el séptimo arte. Basta escuchar las piezas sonoras de películas como *El Señor*

de los anillos o *Carros de fuego* para encontrarnos con la belleza hecha nota musical, entre otras maravillas.

El capitalismo tiene sus peligros, desde luego. Puede convertirse en una faja sin fin dando vueltas y vueltas sin ton ni son. La economía de mercado podría degenerar en una sociedad de mercado, en donde los bienes se mercantilicen y lo santo se vuelva profano. Sin embargo, no todo son patologías ni malas noticias. En la línea de las luces está la riqueza producida, siempre en camino de ser cada vez mejor distribuida. Los años nos han hecho comprender que el capitalismo funciona, pero requiere de la ética, ciencia de los fines. Sin ella, el capitalismo se torna salvaje e inhumano. En esto no le faltó razón a Chesterton: el capital es un medio, el fin es la persona.

7. Salvar a la Niña de la Trenza Roja

Cuenta Gilbert Chesterton la siguiente parábola. Ante la abundancia de piojos en la niñez de los barrios bajos londinenses, la sanidad oficial decretó que se debería rapar totalmente la cabeza de los niños. Entre ellos estaba una niña con una hermosa trenza roja: en lugar de abolir los piojos se dispuso abolir el cabello. Chesterton recuerda que a quien hay que salvar es la niña con su trenza y no a los piojos:

“Yo comienzo por el pelo de una niña. Sé que eso es una buena cosa en cualquier caso. Cualquier otra cosa es mala (...). Si hay otras cosas en su contra, hay que acabar con esas otras cosas. Si los terratenientes, las leyes y las ciencias están en contra, habrá que acabar con los terratenientes, las leyes y las ciencias (...). Con el pelo rojo de una golfilla del arroyo prenderé fuego a toda la civilización moderna. Porque una niña debe tener el pelo largo, debe tener el pelo limpio; porque debe tener el pelo limpio, no debe tener un hogar sucio, debe tener madre libre y disponible; porque debe tener una madre libre, no debe tener un terrateniente usurero (...). Los pilares de la sociedad vacilarán y los tejados más antiguos se desplomarán, pero no habrá de dañarse ni un pelo de su cabeza. (2008b, p. 244)

He pensado muchas veces en esta magnífica defensa que Chesterton hace del valor de las personas, de la vida y del sentido común por encima de los sistemas. No quiero decir que debamos prescindir de los manuales de funciones o de sanciones, quiero decir que los

procesos y sus protocolos han de estar al servicio de la persona. En este sentido, si al entrar a una casa, la puerta le corta la cabeza al inquilino, no se me ocurre pensar que al sujeto le sobraba la cabeza, sino que la casa está mal diseñada. La medida es la persona y no el manual.

Estas reflexiones me vienen a la mente cuando me choco con las telarañas burocráticas que paralizan el libre fluir de la vida. Hombres y mujeres detrás de un escritorio, en el sector público o privado, convirtiendo en estatuas de sal todo lo que tocan. La burocracia y sus procesos en cantidades adecuadas son benéficos, crean rutinas ordenadoras, estandarizan trámites. El problema está cuando los reglamentos cobran vida propia, al punto de deshumanizar las relaciones humanas: colas, ventanillas, sellos, firmas, notificaciones, copias. Expedientes interminables, innumerables horas de trabajo y, en muchos casos, tiempo perdido para todos. El padre de este monstruo llamado Leviatán fue Hobbes. Una maquinaria que garantiza la seguridad. Un sistema de normas que premia y castiga, amarra y desata. Pero como le pasa a todo mastodonte, tiene escasa cintura para atender a la niña de la trenza roja atrapada en el laberinto de sus jueces.

Como Chesterton, comienzo con el pelo de la niña y en lugar de Hobbes escojo al viejo Aristóteles con sus comunidades de prácticas, cuna de la virtud y de la vida buena. Recojo todos los reglamentos y reduzco sus decenas o centenas de páginas a un solo artículo: haz el bien y evita el mal. Es decir, prudencia, confianza, sencillez, buen juicio, tino, firmeza, valentía, calor humano, empatía. Puestos a invertir, no dudo; el mejor tiempo de papá y mamá, del jefe o del superior no está en mejorar los sistemas de control, sino en mejorarse y en mejorar a los suyos para que sean mejores profesionales y mejores personas.

8. La desventaja de tener dos cabezas

Un pequeño cuento de Chesterton, ilustrado por él mismo, se llama “La desventaja de tener dos cabezas”. Un día el joven Piernasrojas ve pasar delante de su casa a cuatro caballeros bien pertrechados de armaduras. Se detienen junto a un mago anciano a quien le preguntan cómo dar con la Princesa Japonica. El mago les dice que su castillo está más allá del Último Bosque del Mundo. Sólo hay dos caminos, custodiados cada uno de ellos por dos fieros gigantes. Uno de una cabeza, el otro de dos cabezas. Los caballeros no lo dudan, se dirigen a atacar al gigante de una cabeza. Al cabo de poco tiempo vuelven bastantes maltrechos vencidos por el gigante.

Piernasrojas pide prestado una espada y se dirige a pelear contra el gigante de dos cabezas. Los caballeros se ríen del joven a quien le dicen: “no hemos podido con el de una cabeza y menos podrás con el de dos cabezas” (2010b, p. 39). Para sorpresa de Piernasrojas, encontró al gigante discutiendo consigo mismo. No había forma de que las cabezas se pongan de acuerdo, se insultaban entre ellas, vociferando barbaridades. Sin pérdida de tiempo, el intrépido joven atacó y mató al gigante de dos cabezas. Llegó al castillo y encontró a la bella princesa con quien se casó y vivieron felices comiendo perdices.

Un sencillo cuento que nos recuerda que “Todo reino dividido contra sí mismo queda desolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no se sostendrá” (Mt 12, 25). Y lo que vale para la casa, la organización, la ciudad, el país; también, vale para la persona. Para una organización, el mayor problema que tiene no es la competencia externa, ni los enemigos de fuera; su mayor dificultad es la falta de unidad interna. Una institución en donde cada miembro tira agua para su molino tiene muy debilitada su consistencia: un simple viento de verano basta para tirarla por los suelos.

El cuento termina con un consejo del anciano mago a Piernasrojas: “Cuando crezcas vendrán a ti otros magos que te dirán: Examina tu alma (...) Ten diecinueve religiones apropiadas para estados de ánimo distintos. Hijo mío, quienes así te hablen serán magos perversos; querrán convertirte en un gigante de dos cabezas” (2010b, p. 44).

El consejo nos viene como anillo al dedo. A nivel personal, cuando no se tiene un norte claro, se nos va la vida desojando margaritas: que sí, que no; quizá, cómo será, no sé si por acá o por allá. Estas situaciones de incertidumbre pueden llegar. No conviene pasarse temporadas largas maltratando a las pobres margaritas, ni viene bien al alma vivir en situación de provisionalidad. Si no queremos seguir la suerte del gigante de dos cabezas, cuanto antes hay que procurar ponerse de acuerdo consigo mismo. Sólo las convicciones y principios le dan densidad a la biografía personal, no sin una buena dosis de valentía para vivir como se piensa y un tono amable para testimoniarlo.

9. El Miedo a prometer

Vuelvo sobre otro libro de Chesterton. Esta vez se trata de *El acusado* (2012), cuya edición original fue en 1901. Es un pequeño libro de artículos que tienen un común denominador: una defensa de las causas perdidas y que, por su aparente nimiedad, no vale la pena sacar la cara por ellas. Chesterton, a sus 27 años publica el libro rebotante de agudeza y de sentido del humor. Saca a relucir su ingeniosa pluma y defiende las novelas baratas, la

cultura popular, la publicidad, el sinsentido, las cosas feas... Me quedo con la defensa de las promesas, tan frágiles en este nuestro tiempo.

Dice Chesterton que prometer es acordar “una cita consigo mismo en algún lugar o fecha lejanos. El peligro está en que no acudamos a la cita” (2012, p. 64). Nicola Di Bari en una de sus canciones le dice a su amada “Verás, yo volveré/ Te lo prometo volveré/ ¡Te lo juro amor, volveré...!/ porque te amo, ¡Te amo...!”. La promesa estaba hecha, no sé si el desgarrado enamorado regresó en busca de su amada. Sí nos consta que el renombrado J. R. Tolkien, al cumplir los 21 años fue al encuentro de Edith, su futura esposa. Su tutor le había prohibido que la viera mientras estuviese estudiando en la Universidad. Cumplió ambas promesas, a su tutor y a su novia.

La cultura contemporánea no favorece la capacidad de prometer y menos la de hacer promesas de largo plazo o de toda la vida. Podemos cambiar de productos y de marcas con mucha facilidad. Moverse de un trabajo a otro es relativamente fácil, sobre todo cuando se es joven y competitivo. La cultura del éxito, fomentada en bastantes ámbitos educativos, lleva a formar jóvenes que desean llegar cuanto antes a buenos puestos y mejores salarios. La virtud de la paciencia es la menos fomentada. Todo se quiere para ahorita. Un ambiente así deteriora la capacidad de compromiso: a la menor molestia, se rompe la promesa y no se está dispuesto a resistir e insistir.

No le falta razón a Chesterton cuando señala que en nuestro tiempo hay un cierto “terror a uno mismo, a la debilidad y mutabilidad propias” (2012, p. 64).

Un hombre moderno –continúa diciendo– se abstiene de jurar que contará las hojas de uno de cada tres árboles que encuentre en Holland Walk, no porque hacerlo sea estúpido, sino porque posee la profunda convicción de que, antes de haber llegado a la hoja número trescientos veintinueve del primer árbol, estará demasiado cansado del asunto y querrá volver a casa para tomar el té. (2012, p. 64)

Dicho de otro modo, podemos anidar en nuestro interior el temor de que, llegada la luna llena, nos convirtamos en otra persona distinta del que hizo la promesa. Las dudas nos asaltan: ¿y si en lugar de Julieta, más adelante aparece Beatriz? ¿Por qué mantener la

obligación de venderle a Juan según contrato firmado, si puedo vender mi mercancía a Pedro, a mejor precio? ¿Por qué comprometerme a acudir a la cita, si ya no tengo ganas o me ha salido un plan mejor?

Jugarme por una promesa, ser leal a una persona o a unos principios, estar en las buenas y en las malas, supone un temple especial, aquel que lleva a honrar la palabra empeñada. Tomarse en serio la promesa es estar dispuesto a quemar las naves para dedicarse ardentemente al proyecto de vida escogido, sin lancha aguardando a la orilla por si en el camino nos desanimamos. No hay vuelta, para disfrutar de la fragancia de la vida lograda, hay que pasar por las penalidades del soldado.

10. La Sal de la Vida

Los momentos estelares de la vida suelen ser pocos, alegrías intensas que recordamos con verdadero entusiasmo y quedan recogidos en la cabeza y el corazón como los tesoros más preciados. Lo ordinario, sin embargo, lo constituyen los días soleados o grises con sus rutinas, afanes y problemas que ocupan el mayor tiempo. Chesterton es, precisamente, como agua fresca primaveral que nos anima a “ser felices en esos momentos tranquilos en que recordamos que estamos vivos; no en esos momentos ruidosos en que se nos olvida” (2017a, p. 199). Idea sencilla al alcance de todos los bolsillos recogida en uno de los últimos textos escritos por Chesterton tres meses antes de morir y que forma parte del libro *La sal de la vida y otros ensayos* (2017a).

Esta selección de ensayos fue hecha por su secretaria, Dorothy Collins. Para mi gusto, de las mejores antologías chestertonianas que he leído⁴. Lo es por su equilibrio en las materias que trata y porque deja ver el ingenio, la agudeza, la gracia, el sentido del humor, la frescura de la pluma de este gran escritor inglés. Me anima, entre otras cosas, saber que la felicidad no está en las experiencias de vértigo, de esas que quitan la respiración y dejan la billetera sin un cobre: viajes maravillosos, experiencias refinadas, comidas exquisitas, bebidas alucinantes... Desde luego, esa oferta existe, pero quizá no esté pensada para el hombre común e, incluso, ni siquiera le saca brillo a lo mejor de los seres humanos. Hay un punto de perversión en ese afán de vender felicidad en experiencias que embotan los sentidos.

⁴ Dos buenas selecciones de sus ensayos han sido publicadas por la editorial Acantilado: *Correr tras el propio sombrero (y otros ensayos)* (2005b) y *Ensayos escogidos* (2017b).

Me inclino más bien por llenar de felicidad las experiencias diarias que tenemos a la mano. En esto Chesterton la tiene clara y nos dice que

(...) el mundo moderno no tiene futuro, si no es capaz de entender que no tiene que buscar lo que sea cada vez más emocionante, sino que más bien tiene la emocionante tarea de descubrir la diversión en las cosas que parecen aburridas. (2017a, p. 200)

Y es que la felicidad es tímida y discreta, destila sus gotas de alegría una a una y no a borbotones. Problemas los tendremos a montones. Lo que no llega a montones es el dinero. En cambio, puede estar a nuestro alcance la sonrisa del pequeño de la casa que nos llena de contento el alma. La migraña sigue presente, el problema continúa sin solución, pero, comprendemos que la vida es mucho más que sus dolores. Una sonrisa nos basta.

Celebrar la vida en la abundancia y en la escasez, en la salud y en la enfermedad es de los mayores retos que tenemos los seres humanos y no es imposible. Chesterton es el pensador alegre de lo ordinario, capaz de hacer fiesta con un pan y una lata de atún; también, con un mero norteño, por cierto. ¿Y los disgustos? No los niego, existen. Me preocupa más el alma malhumorada que destila desencanto, amargura, cinismo. Tiene ojos y no ve que el ser humano puede ser feliz simplemente por vivir.

Referencias

- Chesterton, G.K. (1999). *La incredulidad del padre Brown*. Madrid, España: Ediciones Encuentro.
- Chesterton, G. K. (2003). *Autobiografía*. Barcelona, España: Ediciones Acantilado.
- Chesterton, G. K. (2005a). *El hombre vivo*. Madrid, España: Ediciones Valdemar.
- Chesterton, G. K. (2005b). *Correr tras el propio sombrero (y otros ensayos)* (Sel. y Pról. A. Manguel; Trad. M. Temprano Garcia). Barcelona, España: Ediciones Acantilado.
- Chesterton, G.K. (2005c). *Cuentos del Arco Largo*. Madrid, España: Ediciones Valdemar.
- Chesterton, G. K. (2008a). *Los relatos del padre Brown*. Barcelona, España: Ediciones Acantilado.

- Chesterton, G. K. (2008b). *Lo que está mal en el mundo*. Barcelona, España: Ediciones Acantilado.
- Chesterton, G. K. (2010a). *George Bernard. Biografía* (Trad. J. Méndez Herrera). Salamanca, España: Editorial Renacimiento.
- Chesterton, G. K. (2010b). *Los países de colores* (Trad. Ó. Palmer). Madrid, España: Ediciones Valdemar.
- Chesterton, G. K. (2012). *El Acusado*. Salamanca, España: Ediciones Espuela de Plata.
- Chesterton, G. K. (2013). *La utopía capitalista y otros ensayos*. Madrid, España. Ediciones Palabra.
- Chesterton, G. K. (2014). *El gran mínimo. Antología poética* (Sel., trad. y pról. M. Salas Díaz). Madrid, España: Editorial Salto de Página.
- Chesterton, G. K. (2017a). *La sal de la vida y otros ensayos*. Salamanca, España: Editorial Espuela de Plata.
- Chesterton, G. K. (2017b). *Ensayos escogidos* (Trad. M. Temprano García.). Barcelona, España: Ediciones Acantilado.

